



Reseña de la primera sesión del *Cursus* de la Biblioteca del Campo Freudiano de Barcelona, *El cuerpo en psicoanálisis*

Enric Berenguer y Lidia Ramírez. "El cuerpo en la histeria. Freud y Lacan". 16/03/2015

Por Soledad Bertrán, socia de la Comunidad de Cataluña-ELP

En la primera sesión del *Cursus* de la Biblioteca del Campo Freudiano, Lidia Ramírez introduce el interés del cuerpo en el momento actual, recordando el interés que tuvo el cuerpo de la histérica con el que se encuentra Freud en los orígenes del psicoanálisis. Él pudo escuchar que los síntomas que traían sus pacientes recortaban un cuerpo que tenía relación con el lenguaje popular.

La pregunta que dejó planteada es qué quiere hoy la histérica, si ser escuchada o ser mirada, o si nos propone un nuevo interrogante para el que no hemos encontrado aún una respuesta.

Enric Berenguer inicia su exposición comentando que cuando hablamos de psicoanálisis, al fin y al cabo hablamos de cosas de las que todos sabemos algo; se trata precisamente de que siempre sabemos algo, y ese saber es importante para el psicoanálisis. Señala que la experiencia analítica es en buena parte una cierta construcción que el sujeto hace con su cuerpo. El cuerpo que nos interesa, por tanto, es el que cada sujeto construye.

Hay que tener en cuenta que el cuerpo del que habla el psicoanálisis no es una realidad dada de entrada; no es algo que uno es, sino que uno *tiene* (uno dice "mi cuerpo", por ejemplo). Que el cuerpo nos pertenezca es ya todo un logro. La pregunta que atraviesa al psicoanálisis es cómo cada sujeto puede producir algún tipo de unidad, puesto que lo que cada sujeto hace con su cuerpo es un nudo, un anudamiento a partir de una relación que es singular.

De ahí pasa a introducir que Lacan toma, respecto al cuerpo, el ordenamiento Real-Simbólico-Imaginario, distinción que atraviesa los temas que vamos a tratar. El síntoma histérico de conversión es un ejemplo del cuerpo como simbólico (es el ejemplo que puso Lidia sobre la paciente de Freud que había sentido la afrenta que le hace el marido como una bofetada y experimenta un dolor en la mejilla). Está también el cuerpo imaginario de la imagen corporal, en el que me reconozco, que tiene que ver con mi identidad, aunque el cuerpo del otro también pueda integrarse en el patrimonio de las referencias imaginarias en las que a uno le gusta reconocerse (y por eso genera tanto malestar el cambio de rostro de una actriz, como sucedió recientemente con Uma Thurman). Pero también está lo real para pensar algunos fenómenos corporales, categoría que al mismo Lacan le cuesta elaborar; una aproximación para entenderlo sería aquello que no se deja circunscribir en el cuerpo como simbólico o en la imagen armónica del mismo. La angustia misma es una experiencia en la que se producen distorsiones de la imagen

corporal, ante la dimensión de lo real pulsional del cuerpo que parece irrumpir como una amenaza.

Lo que llamamos cuerpo es, entonces, como una trilogía, un equilibrio muy particular entre estos elementos.

El cuerpo histérico presenta ante el Otro algo que no cuadra, una discordancia, dirigida a un Otro privilegiado –Amo de la época–. Las primeras epidemias histéricas fueron conocidas como brujería –dirigida a la Iglesia, y tratada por el exorcismo–. El lado de conformidad del discurso histérico se dirige al Amo de la época, pero se le presenta como un problema irresoluble. El mismo Freud explica, al escribir sobre el caso Dora, que la paciente se despide en el momento en que él cree haber dado con el *quid* de la cuestión, y se lo comunica. Lacan refiere al respecto que Freud fracasa ahí porque pone el acento en exceso en aquello que del síntoma sería una metáfora, mientras que su núcleo no es en verdad simbolizable. El cuerpo de la histérica pone entonces en cuestión la capacidad simbólica de someterlo: hay una dimensión real del síntoma.

¿Cómo construye hoy la histérica su síntoma, en un momento en que la figura paterna no es el eje organizador del mundo del sujeto, y por ello de sus propios síntomas? El síntoma histérico objeta que un discurso dé cuenta de él (ni de género, ni de identidad, ni político...). Si el síntoma histérico se presenta como enigma al Otro, tiene que ser un enigma que no se pueda describir, cosa que vemos actualmente en la fibromialgia o la fatiga crónica (¿cómo medir o desmentir el dolor?)

Desde la orientación lacaniana renunciamos a dar sentido al síntoma histérico, cuando la demanda del neurótico es precisamente dar sentido. Vemos que el sujeto histérico está dispuesto a sacrificar su vida y su cuerpo ante ese Otro ante el que se presenta como un imposible. Pero para separarse verdaderamente el sujeto tiene que poder hacer el recorrido de la alienación; ver que el síntoma ya era una construcción para tratar de solucionar la forma en que para el sujeto se anudaban los tres registros. Se trata pues de limpiar ese síntoma de las adherencias del discurso del Otro, para darle un rostro menos falso a lo más real de su cuerpo y agotar su dolorosa demanda de sentido.

Recordamos las referencias literarias y cinematográficas que se comentaron, alrededor de la cuestión del cuerpo:

Las novelas *Metafísica de los tubos* y *Biografía del hambre*, de Amélie Nothomb.

Las películas "Cisne negro", "Shame", "Birdman", o "Laurence Anyways".

Os invitamos también a leer el artículo de Claudia González "La Histeria y la Nube", en <http://tactebarcelona.com/la-histeria-y-la-nube/>

Y a sugerir otras referencias para las próximas sesiones.